

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XIX



C. S. I. C.
1982
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XIX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1982

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
Dr. D. José Simón Díaz	7
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1981, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
En la ocasión de un centenario. Madrid recuerda a Ramón de Mesonero Romanos, por <i>Juan Sampelayo</i>	17
El platero Juan de Arfe Villafañe y el inventario de sus bienes, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	23
Juan Gómez de Mora en la reconstrucción del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	33
El orbe del Rey y el laberinto de Dios. Madrid, urbe manierista y barroca, por <i>Alícia Cámara Muñoz</i>	49
Algunos pintores (II) y escultores que fueron feligreses de la parroquia madrileña de San Sebastián, por <i>Matías Fernández García</i>	61
El Monasterio cisterciense de Santa María de Valdeiglesias y su fondo documental en el Archivo Histórico Nacional, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	89
El jardín madrileño en el siglo XIX: propuesta y realidad, por <i>Victoria Soto Caba</i> ...	95
Artistas de las reales caballerizas del Palacio Real de Madrid, por <i>M.ª Teresa Jiménez Priego</i>	125
Notas para una historia de la rejería arquitectónica madrileña (I), por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	151
Físicos, químicos, matemáticos y naturalistas. Hombres de ciencia famosos, naturales de Madrid, por <i>J. Álvarez-Sierra</i>	167
El platero francés Nicolás Chameroi, fundidor de la plata madrileña bajo José I, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i>	179
Las sepulturas de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	195
En torno al autor del primer mapa de Madrid. El testamento de Antonio Marcelli, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	199
Las mujeres en los «Episodios Nacionales», por <i>Amparo Aparisi Laporta</i>	203
El Madrid en tiempos de don Ramón de la Cruz, por <i>Ana Marla Hidalgo Ogayar</i> .	241
Jacinto Octavio Picón en la crítica coetánea. Aproximación a un narrador olvidado, por <i>Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo</i>	253

	<u>Páginas</u>
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	269
La Real Posesión de Vista Alegre, residencia de la Reina Doña María Cristina y el Duque de Ríansares, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	283
La Orden Militar de Santiago en la provincia de Madrid en la Baja Edad Media: las encomiendas de la Ribera del Tajo, por <i>Cristina Segura Graño</i>	349
Los Alcaldes de Barrio en el Madrid de Carlos III y Carlos IV, por <i>Pilar Cuesta Pascual</i>	363
Las reformas educativas en el Madrid del siglo XVIII, por <i>Carmen Sánchez Giménez</i> .	391
Judíos de Torrelaguna (Madrid) a fines del siglo XV, por <i>Enrique Cantera Montenegro</i>	427
Toreros que actuaron en Madrid entre 1619 y 1749, por <i>Francisco López Izquierdo</i> .	445
Los aguadores de Madrid, por <i>María del Sol Díaz y Díaz</i>	475
El incendio de la Plaza Mayor de Madrid en 1790 y los sistemas de construcción en la ciudad, por <i>María de los Santos García Felguera</i>	485
La Carrera de San Jerónimo. El cambio de sus funciones urbanas, por <i>José María Sanz García</i>	501
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	541
Usos del suelo y actividades tradicionales en las riberas del Manzanares, por <i>María Teresa Fernández Yuste</i>	563
Prospecciones en La Marañosa. San Martín de la Vega (Madrid), por <i>Magdalena Barril Vicente</i>	581
La Confederación Española de Centros de Estudios Locales en 1981, por <i>Antonio Aparisi</i>	605
Trabajos publicados en «Anales del Instituto de Estudios Madrileños»	615

JACINTO OCTAVIO PICÓN EN LA CRÍTICA COETÁNEA. APROXIMACIÓN A UN NARRADOR OLVIDADO

POR ESTEBAN GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO

A lo largo de la Historia de la Literatura se han dado frecuentemente cambios notables en la estimación de los escritores. Pero no son abundantes casos tan llamativos como el de Octavio Picón, el narrador madrileño, tan leído en su época como olvidado más tarde¹.

Jacinto Octavio Picón y Bouchet (1852-1923) merece ocupar el lugar que con justicia le corresponde en el panorama cultural español posterior al 68, en donde pocos pudieron superar su prestigio y quizá ninguno su inquietud: no sólo fue por derecho propio académico de la Lengua y de Bellas Artes, sino que produjo una importantísima obra crítica (colaboró en infinidad de publicaciones con sus artículos de crítica literaria, teatral, artística en general, política, histórica...), cooperó en la fundación o en los inicios de periódicos o revistas (alguno de ellos tan interesante como *Vida Nueva*), y ocupó cargos en los que vertió toda su pasión por las artes y las letras (en la Junta de Iconografía, Patronato del Museo del Prado, Real Academia de la Lengua...). Se trata de un hombre verdaderamente excepcional, que nunca puso límites a su sinceridad, valentía y rectitud. Tanto su vida como su obra son una lucha ilusionada y tenaz contra los males que afligían a la sociedad española de la época².

¹ Quizá convenga recordar que Picón es el único madrileño de entre los narradores de la Restauración. Aunque algunos otros (como Galdós y Ortega Munilla) residieron durante casi toda su vida en Madrid, ninguno de ellos había nacido en esta ciudad.

² Para la biografía de Picón, vid. J. G. LÓPEZ-VALDEMORO, «De mis memorias: Jacinto Octavio Picón y Bouchet», *BRAE*, XX, 1933, págs. 243-251, y A. GONZÁLEZ DE AMEZÚA, «Apuntes biográficos de don Jacinto Octavio Picón», *Opúsculos histórico-literarios*, II, Madrid, C.S.I.C., 1951, págs. 148-166.

Un hombre de esta clase no podía pasar inadvertido. Por ello, de su enfrentamiento contra la hipocresía, la ñoñez y la mentira obtuvo, a pesar de su mesura y equilibrio, los más profundos odios, a la vez que los más fervorosos aplausos. No era, en el fondo, otra cosa que la honda división ideológica de la España decimonónica la que emergía sobre los valores literarios, que, eso sí, casi nadie dejó de reconocer en la obra piconiana, obra que resulta, por lo menos, de calidad comparable a la de otros escritores que han tenido generalmente mayor fortuna crítica que el madrileño (Pardo Bazán o Palacio Valdés), cuando no claramente superior (Ortega Munilla o Luis Coloma).

Las páginas que siguen pretenden contribuir a la inaplazable tarea de rescatar del olvido la figura de Picón, mostrando, a través de las opiniones de contemporáneos que he podido recoger, su importancia en la narrativa del siglo XIX³.

* * *

Octavio Picón fue uno de los escritores más leídos de su época. Sus libros, sobre todo las novelas, se editaron varias veces, lo que es prueba inequívoca del interés que despertaron. Un observador literario tan cualificado como don Juan Valera escribía en 1896, en plena madurez de la producción de Picón, que «tal vez en lo tocante a la aceptación de sus obras por el público, puedan los principales [novelistas] colocarse en este orden: Pérez Galdós, Pereda, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Jacinto Octavio Picón y Leopoldo Alas»⁴. Y añade Valera que Picón está entre los autores que «se han creado ya un numeroso público, que viven o que pueden vivir con el producto de lo que escriben, y que venden no pocos miles de ejemplares de cada uno de los libros que publican»⁵.

Los escritores de la generación precedente a la de Picón, según los testimonios que he podido reunir, valoraron muy positivamente al escritor ma-

³ Es de justicia consignar que en esta tarea me ha precedido GONZALO SOBEJANO, con su edición de *Dulce y sabrosa* (Madrid, Cátedra, 1976), una de las novelas más celebradas de Picón.

⁴ Esto escribe en carta a *El Correo de España*, de Buenos Aires, fechada en Madrid, a 28 de agosto de 1896 (*Ecos argentinos*, Madrid, Fernando Fe, 1901, pág. 14).

⁵ *Ibid.*, id. Años después, el propio Picón confirmaba en una entrevista periodística que él vivía casi exclusivamente de lo que le producían sus obras (*El Caballero Audaz, Galería*, II, Madrid, Ediciones E.C.A., 1944, pág. 428), lo que desde luego no era normal en absoluto por entonces. Vid., por ejemplo, J. NOMBELA, *Impresiones y recuerdos*, IV, Madrid, «La Última Moda», 1912, pág. 328. Testimonios anteriores de las penurias económicas de los literatos pueden verse en Pérez Galdós (*Ensayos de crítica literaria*, ed. de L. Bonet, Barcelona, Península, 1972, pág. 117) y en Ortega Munilla («Madrid», *El Imparcial*, 27-X-1884, además de los que recoge L. MONGUIÓ en su ya clásico artículo «Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX», *Revista Hispánica Moderna*, XVII, 1951, páginas 111-127.

drileño. Julio Nombela citaba, entre las «creaciones admirables» de fines de siglo, *El enemigo* (1887), novela de don Jacinto, entre otras de Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Coloma, Galdós y Pereda⁶. Don Juan Valera, en una de sus cartas recogidas en *Ecos argentinos*, decía a propósito de la moda del cuento que se daba por entonces (1900): «Entre los que escriben ahora cuentos en España descuellan, a mi ver, D. Jacinto Octavio Picón, D.^a Emilia Pardo Bazán, D. Armando Palacio Valdés y el joven malagueño D. Arturo Reyes»⁷. Asimismo fue Valera quien, en su discurso de contestación a Picón al ingresar éste en la Real Academia de la Lengua, hizo una de las primeras críticas de conjunto a la obra del madrileño. En sus palabras, a pesar de mostrarse contrario a la minuciosidad de sus descripciones, Valera elogia su talento, su esmero en la pintura de los personajes, y le profetiza un distinguido lugar en la historia literaria del siglo XIX⁸.

De Galdós no conozco ninguna crítica ni valoración directa de Picón. Sin embargo, don Benito considera positivamente a nuestro autor al hablar de los posibles colaboradores del periódico que pretendía fundar Leopoldo Alas. «Será —dice Galdós— un periódico en el que sólo podrían colaborar la Pardo Bazán, Picón, Pereda, Galdós, «Clarín», Armando Palacio y Menéndez Pelayo, si quiere. Y podríamos llamarle *La República de las Letras*»⁹. El limitar la colaboración sólo a tan ilustres autores y críticos, y que el nombre de Picón aparezca entre ellos, creo que demuestra un juicio claramente positivo de Galdós sobre el escritor madrileño.

Por otra parte, es seguro que ambos se conocieron personalmente y hubo entre ellos al menos una cierta amistad, como lo demuestran las cartas que se conocen de Picón a Galdós¹⁰. Aunque en su mayor parte, de un total de deciocho, se refieren a avatares de la entrada de Picón en la Academia, hay algunas interesantes, como aquéllas en las que da a Galdós noticias acerca de Fernández de los Ríos y le ofrece una carta del infante don Enrique, respectivamente, documentación que sin duda le habría solicitado el novelista canario para sus *Episodios Nacionales*. Es posible que en algunas de las cartas de Galdós a Picón aquél alabase a éste, como parece desprenderse de la

⁶ J. NOMBELA, *op. cit.*, pág. 448.

⁷ J. VALERA, *Ecos argentinos*, cit., págs. 308-309. Se trata aquí de una carta a *La Nación*, fechada el 4 de abril de 1900.

⁸ J. VALERA, *Discursos leídos ante la Real Academia Española el 24 de junio de 1900*, Madrid, Fortanet, 1900, pág. 63.

⁹ Tomo la cita de J. A. CABEZAS, «Clarín». *El provinciano universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, pág. 130. Cabezas no da la procedencia del párrafo, que supongo de alguna carta de Galdós a «Clarín».

¹⁰ Publicadas por S. DE LA NUEZ y J. SCHRAIBMAN en *Cartas del archivo de Galdós*, Madrid, Taurus, 1967, págs. 159-179.

carta del madrileño fechada el 9 de noviembre de 1898, tras haber solicitado a don Benito el voto para su elección como académico (aunque es claro que un elogio directo no tiene gran valor desde el punto de vista crítico). Estas cartas, desde luego, revelan el respeto y la admiración que Picón profesaba al «maestro» (así le llama casi siempre), admiración que le llevó a asistir al homenaje tributado a Galdós el 26 de marzo de 1883¹¹. Por otra parte, y aunque el dato no sea verdaderamente significativo, quiero consignar que el novelista canario poseía en su biblioteca cinco ejemplares de obras de Picón, cantidad superior al número de volúmenes que guardaba de novelistas tan importantes como Valera, Alarcón o Alas¹².

En cuanto a los compañeros de generación de Picón, fue sin duda Ortega Munilla, en razón de su profesión periodística, quien más se ocupó de nuestro autor. Desde las célebres páginas de *Los Lunes de El Imparcial*, dirigidas por él, cada nueva obra de Picón era saludada con frases de alabanza. Cuando el madrileño inaugura su obra narrativa con *Lázaro* (1882), Ortega le presagia público y gloria, poniendo de relieve las calidades expresivas de la novela: «Su pensamiento es poco nuevo, pero resulta novísimo. En arte todo parece viejo cuando se dice mal; todo nuevo cuando se dice bien»¹³. Dos años después, Ortega se hacía eco del éxito alcanzado por Picón en la lectura de su memoria *De el teatro* en el Ateneo de Madrid (5-III-1884):

«Tenemos la fortuna de haber alcanzado días felices para el espíritu, en que no sólo consiguen triunfo y aplausos las obras teatrales. Las puramente literarias, las verdaderamente literarias, tienen ya un público numeroso e ilustre. Ese público ha aclamado en el Ateneo la memoria leída por Jacinto Octavio Picón sobre la literatura dramática. Crítico y novelista, Picón es uno de los más ilustres jóvenes de la generación nueva. En sus críticas de arte y literatura resplandece una sinceridad que seduce al lector, una persuasiva elocuencia que le asegura el éxito, un estilo vigoroso y castizo, propio, personal. En sus ensayos novelescos se ha mostrado analista, observador, adherido a las modernas teorías de la novela experimental. Mucho tiempo hacía que las secciones del Ateneo no escuchaban la lectura de un documento tan gallardamente escrito, pensado con tanta originalidad y tanto acierto»¹⁴.

¹¹ Vid. *La Epoca*, 27-III-1883.

¹² Según Ch. H. Berkowitz (*La biblioteca de Benito Pérez Galdós*, Las Palmas, El Museo Canario, 1951), Galdós poseía las siguientes obras de Picón: *Lázaro*, *La hijastra del amor*, *Juan Vulgar*, *Dulce y sabrosa* y *Cuentos de mi tiempo*. De otros autores contemporáneos tenía: 16 ejemplares de Pardo Bazán, 12 de Pereda, 8 de Oller (1 en castellano y 7 en catalán, 3 de los cuales sin cortar) y 6 de Palacio Valdés. Con menor número que Picón están Valera (4), Alas (4), Alarcón (3), Ortega Munilla (1) y Coloma (1).

¹³ J. ORTEGA MUNILLA, «Madrid», *El Imparcial*, 26-VI-1882.

¹⁴ J. ORTEGA MUNILLA, *El Imparcial*, 10-III-1884.

Luego continúa trazando un panorama de la novela española del momento, que importa reproducir:

«Ensancha y crece el prestigio de la generación literaria que tiene por jefe a Pérez Galdós. Bajo sus banderas, en que hay escrito este lema: "Observad y escribid", la novela española se enriquece cada día con una nueva joya. Ayer fue la obra maestra de Pereda *Pedro Sánchez*, dentro de poco será la novela que termina Galdós y que debe publicarse antes de finalizar el mes de marzo. Palacio Valdés, a quien la crítica y el público colocan entre los primeros, escribe las últimas cuartillas de su novelita *El idilio de un enfermo*, que es una página de bucólica naturalista. Emilia Pardo Bazán corrige las últimas cuartillas del *Cisne de Vilamorta*. Pereda vuelve a sus habituales cuadros montañoses, en que su pluma satírica y descriptiva descansa del drama que acaba de contarnos con superior arte. Picón prepara también una novela de osada inspiración y atrevido asunto. También Pepe Navarrete escribe algo nuevo... La novela española no es ya una esperanza, ni tampoco el patrimonio ideológico de tres ingenios escogidos. El género está creado, va por la senda derecha»¹⁵.

La obra de Picón a la que se refiere Ortega es *La hijastra del amor* (1884), de la que meses más tarde anunciará el éxito rapidísimo, al agotarse en pocos días la primera edición, lo que es calificado de «caso anómalo en España»¹⁶. Poco después, al hacer la crítica de esta novela (que, más que crítica, es en realidad una página de publicidad gratuita), la presenta como «la obra de un maestro»¹⁷.

También se hizo eco Ortega de *Juan Vulgar* (1885)¹⁸, *El enemigo*¹⁹ y *La honrada* (1890)²⁰. Quiero señalar que en la crítica a esta última indica Ortega muy exactamente el verdadero carácter de Picón como narrador, frente al error de quienes lo han considerado como preocupado exclusivamente por la forma, y frente a las mismas afirmaciones hechas más de una vez por el propio Picón, de las que se deduce un cierto esteticismo (que desde luego no falta en su obra, pero que sin duda es menos determinante que su preocupación ideológica y moralizadora). Copio el párrafo:

«En todas las literaturas ha habido siempre dos clases de escritores: unos, cuidadosos principalmente de la forma, trasladan al papel sus impresiones sin cuidarse gran cosa del fondo de sus obras. Así, Teófilo Gautier, el primer estilista de Francia y acaso el primero del mundo, cincelaba cuidadosamente sus producciones,

¹⁵ J. ORTEGA MUNILLA, *ibid.*

¹⁶ *El Imparcial*, 9-VI-1884.

¹⁷ *El Imparcial*, 16-VI-1884.

¹⁸ *El Imparcial*, 9-III-1885.

¹⁹ Anuncia su publicación en *El Imparcial*, 17-I-1887, y reproduce un fragmento, acompañado de una nota introductoria, en el mismo diario, 21-III-1887.

²⁰ «La honrada», *El Imparcial*, 21-IV-1890.

elaboraba con palabra sutil y mágica orfebrería retórica y se le daba un ardite que el artículo, el cuento o la novela probasen o no probasen alguna tesis moral y condujeran o no condujeran al progreso en las ideas.

Hay otra especie de escritores, como Stendhal [sic], que antes que nada cuidan de la intención de sus libros, y éstos suelen desdeñar los primores del estilo, dando toda la importancia a la esencia, al tuétano, a la médula de la obra.

Picón, sin dejar de ser un cultísimo estilista, cuida en primer término en todos sus escritos de la idea que los inspira, del pensamiento que los avalora.

Igualmente, registró Ortega Munilla en su momento la entrada del narrador madrileño en la Real Academia Española. Su artículo trasluce los avatares del suceso ²¹:

«Si hace algunos años se hubiese dicho que el autor de *El Enemigo* iba a entrar en la Academia Española se hubiese tenido por cosa imposible, y el mismo Picón hubiese creído que se trataba de una broma. Pero los tiempos marchan, las cosas cambian, los exclusivismos y las iracundias de escuela se debilitan y apaciguan, y sobre las exageraciones del energúmeno impera el espíritu de justicia.

Así pues, Jacinto Octavio Picón, a pesar de su liberalismo radical y exaltado, a pesar de sus violentas campañas contra el clero, ha ido a ocupar un sitio entre los inmortales sin que le fuese necesario dejar en la puerta de la Academia ni sus libros ni sus convicciones» ²².

Al contrario que Ortega, Leopoldo Alas, sin duda el valor más destacado del naturalismo, apenas si se ocupó de la obra de Picón. Según J. F. Botrel, «Clarín» se refiere a Picón en su artículo «Los pentacrósticos. Primer caso», en el que hace una censura implacable de lo que parece un escrito periodístico, sin citar título ni autor ²³. Al margen de ella no conozco ninguna

²¹ Relativamente bien conocidos a través de algunas cartas publicadas por DE LA NUEZ y SCHRAIBMAN, *op. cit.*, págs. 159-179. Vid. también RUBÉN DARÍO, *España contemporánea*, París, Garnier, 1901, págs. 347-355. El discurso de ingreso pronunciado por Picón versó sobre la figura de Castelar, a quien sucedía el madrileño en la institución.

²² J. ORTEGA MUNILLA, «Picón en la Academia», *El Imparcial*, 25-VI-1900. Aunque luego sigue alabando a Picón, creo ver en alguno de estos párrafos los celos mal disimulados de Ortega, quien, a su vez, no tardaría mucho en ser recibido entre los inmortales. Ingresó en 1902, dándose la curiosa circunstancia de que el discurso de contestación de don Juan Valera fue leído por el propio Picón, «a causa de la debilidad visual de Valera» (R. SCHMIDT, *Ortega Munilla y sus novelas*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, pág. 37).

²³ L. ALAS, *Preludios de «Clarín»*, ed. de J. F. Botrel, Oviedo, IDEA, 1972, pág. 10. Este artículo de Alas fue publicado en *El Solfeo*, n.º 15, 13-VI-1875. Botrel deduce que se refiere a Picón a través de un nuevo artículo, «Cartas provincianas - Los pentacrósticos (continuación)», aparecido en el n.º 17 del mismo periódico. Aunque por entonces el joven don Jacinto publica algunas ficciones históricas que justifican sobradamente el calificativo de «empingorotado» que Alas le dedica (véase, por ejemplo, el rebuscadísimo estilo de «Una fiesta en el anfiteatro de Flavio Vespasiano», *Revista de España*, XLIII, n.º 170, 1875, págs. 229-239), me cuesta trabajo creer que Picón sea el autor de algunas de las frases que «Clarín» ridiculiza por sus incorrecciones gramaticales. También resulta extraño, si se trata de un escrito de Picón, que Alas diga que el autor es andaluz («Esto

crítica de Alas a obras de Picón, hecho que me parece extraño, pero que quizá se explique en el caso de que el asturiano no encontrase motivos ni para la crítica *policíaca* ni para el elogio incondicionado. Sin embargo, al juzgar la novela *El idilio de un enfermo*, de su paisano y amigo Palacio Valdés, después de citar como únicos autores de talento entre los novelistas jóvenes a Ortega Munilla y al propio Palacio, añade en nota:

«Después de escrito este artículo, ha publicado J. O. Picón, reputado crítico, dos novelas muy bien recibidas por el público, *La hijastra del amor* y *Juan Vulgar*, revelando dotes muy dignas de aprecio. Vaya esto como rectificación de lo que se lee en el texto. Y no digo más, porque no crea la malicia que pago aquí deudas de gratitud»²⁴.

La alabanza desde luego es muy mesurada, y creo bastante probable que, a pesar de lo que escribe, con estas palabras quiera Alas efectivamente pagar «deudas de gratitud». En apoyo de lo que digo puede venir este párrafo de una carta de «Clarín» a Galdós:

«El pobre Picón se ha portado conmigo como un caballero. Ha demostrado verdadera grandeza de alma. Yo no sé si podré pagarle en la moneda que a él más le gustaría, pero estoy seguro de que siempre le estaré agradecido»²⁵.

Aunque la carta no lleva fecha, está absolutamente claro que es inmediatamente posterior a la publicación de *La Regenta*, y no sólo esto, sino que el tema único de ella es la novela de «Clarín». Es decir, que el buen comportamiento de Picón al que se refiere Alas no puede ser otro que el haber hecho algún elogio de la novela. Y también parece claro que «la moneda» con que a Picón le gustaría ser pagado, según Alas, es indudablemente la alabanza del asturiano a su obra. Si todo esto es así, el «yo no sé si podré...» de «Clarín» parece traslucir una falta de entusiasmo, por lo menos, de éste hacia la obra de aquél.

Incluso fuera de lo literario parece haber cierta prevención de Alas hacia Picón. En otra carta a Galdós, hablando de los posibles colaboradores de la revista que pensaba fundar, escribe «Clarín»: «Y Picón, gran alma, gran entusiasmo... es un sectario y... en fin, habría que tener cuidado con él»²⁶.

se le dispensa a Vd., porque es andaluz»), aunque la afirmación podría ser resultado de una suposición de «Clarín», pues el artículo criticado habla de Granada. No me ha sido posible encontrar este segundo artículo, pero acojo con alguna reserva lo que escribe Botrel.

²⁴ L. ALAS, ... *Sermón perdido*, Madrid, Fernando Fe, 1885, pág. 237.

²⁵ La carta está publicada en S. ORTEGA, *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pág. 228.

²⁶ *Ibid.*, pág. 233. La carta está fechada en Oviedo, 3-VII-1883.

El calificativo que Alas aplica a nuestro autor no deja de ser sorprendente viniendo de quien viene y, desde luego, radicalmente injusto. Probablemente sea el reflejo de una cierta enemistad, motivada quizá por esas primeras críticas negativas de las que habla J. F. Botrel. Parece cierto, pues, que las relaciones entre ambos no fueron muy estrechas, al menos hasta 1884. Es posible que a raíz de los supuestos elogios de Picón a *La Regenta* cambiase esta situación, como parecen confirmarlo las alabanzas del madrileño a «Clarín» en el prólogo de un libro de Gómez Carrillo que éste dedica al asturiano²⁷.

Tampoco Palacio Valdés tuvo en mucha estima la labor literaria de nuestro autor. Cuenta Sebastián Juan Arbó que Baroja fue a visitar a Palacio tras la publicación de *Camino de perfección* para que se ocupara de la obra. Y según parece, éste hablaba bien de sí mismo y mal de todos los demás (con la única excepción de Blasco Ibáñez): «le habló mal de Valera, de Octavio Picón, le habló peor de doña Emilia, se ensañó con Galdós»²⁸.

Emilia Pardo Bazán incluyó en su *Nuevo Teatro Crítico* un artículo sobre *Dulce y sabrosa* (1891), novela de la que ya había señalado lo atinado de su título²⁹. La escritora gallega sitúa perfectamente a Picón como «moralista heterodoxo», y aunque no le regatea cualidades como narrador, critica en la obra algunos elementos superfluos, no sólo desde un punto de vista puramente literario, sino sobre todo en el aspecto moral:

«[...] siendo tan difícil mantenerse en los exquisitos ápices en que la pintura de las realidades amorosas no abochorna, ni enrojece las mejillas del pensamiento, Octavio Picón traspasa alguna vez este límite»³⁰.

José María Matheu, también compañero de generación del madrileño, es autor igualmente de una crítica a *Dulce y sabrosa*, en la que alaba sin reservas a autor y obra³¹. Matheu se regocija de que, entre la creciente invasión de traducciones, «siguiendo el ejemplo de los maestros, nuestros jóvenes novelistas se baten en la brecha, aun con escasa recompensa y sólo por amor a la buena causa». Pasando ya al comentario de la obra, habla Matheu

²⁷ Se trata de *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas*. Prólogo de J. O. Picón. París, Garnier, 1895.

Por otra parte, seguramente contribuirían a aclarar el carácter de estas relaciones las doce cartas inéditas de «Clarín» a Picón citadas por S. Ortega (*op. cit.*, pág. 449) y A. Ramos-Gascón (en el prólogo a su ed. de L. ALAS, *Pipá*, Madrid, Cátedra, 1976, pág. 42, n. 33) y que no he podido ver.

²⁸ S. JUAN ARBÓ, *Pío Baroja y su tiempo*, Barcelona, Planeta, 1969, 2.ª ed., pág. 321.

²⁹ «Crónica literaria», *Nuevo Teatro Crítico*, I, n.º 3, 1891, pág. 92.

³⁰ «Juicios cortos. *Dulce y sabrosa*», *Nuevo Teatro Crítico*, I, n.º 6, 1891, págs. 53-65. La cita en pág. 60.

³¹ J. M. MATHEU, «*Dulce y sabrosa* (impresiones y notas)», *El Liberal*, 6-VII-1891.

de la originalidad de Picón y dice de él que «conoce, como los pocos elegidos entre los muchos llamados, la labor seria, augusta y admirable que lleva entre manos»; y, contrariamente a Pardo Bazán, añade refiriéndose a algunas escenas «feas» que aparecen en la novela:

«[...] pero compárense las susodichas escenas con algunas de *La Terre* y dígase en conciencia si aquéllas y todas las de *Dulce y sabrosa* no resultan a su lado semi-idílicas y casi edificantes. Se me contestará que nuestras costumbres no admiten en el libro ni en el teatro las desnudeces que son toleradas y hasta aplaudidas en Francia. Ciertamente, yo soy el primero en felicitar me de esta gran diferencia, aunque no deje de considerar que esto no reza, indudablemente, con aquellos respetables lectores que apechugan con ciertas traducciones adulteradas, o si se quiere, aderezadas al estilo del país, porque los traductores no se atreven a servir las en crudo.

De todos modos, lo anterior está dicho en sentido de atenuación y no de disculpa, por creer que el autor no ha faltado a los sagrados cánones del arte, a no ser que se le juzgue en el confesonario de una casuística muy estrecha. Si existe algún exceso será debido más bien al predominio de una de sus buenas cualidades: la sinceridad. No sólo conocemos los sentimientos y las ideas de sus personajes, sino también las del escritor, que al fin y al cabo se ha interesado por algunos de los grandes problemas modernos, aportando su documento, como Galdós en *Gloria* y Pereda en *De tal palo, tal astilla*.

En cuanto a las críticas sobre Picón hechas por periodistas contemporáneos suyos conozco, además de las numerosas de Ortega Munilla ya citadas, algunas otras dignas de señalarse. Así, Mariano de Cavia, al hablar de *La hijastra del amor*, reprocha al autor flojedad en los caracteres masculinos de la obra, pero elogia su estilo con estas palabras:

«La frase es siempre trasparente y clara expresión del pensamiento. Las galas jamás llegan a aquellos derroches retóricos que suelen afligir a nuestra novela contemporánea [...]. Vivo y natural el diálogo, pintorescas y exactas las descripciones, sobria y enérgica la pintura de afectos, enciérrese la narración toda en períodos de pura casta española, nada semejantes a aquellas cláusulas afrancesadas, que tanto predicamento logran hoy entre nuestros literatos, y cuyo exiguo molde es tan opuesto a la holgura y amplitud de cauce que demanda la índole de la lengua de Castilla»²².

Luis Taboada llama a *El enemigo* «preciosa novela» y habla en su crítica de esta obra de la corrección y elegancia en la expresión del autor y de su facilidad para identificar al lector con los personajes²³.

²² M. DE CAVIA, «Entre páginas. *La hijastra del amor*», *El Liberal*, 7-VII-1884.

²³ L. TABOADA, «De todo un poco», *Madrid Cómico*, 19-III-1887.

Francisco Fernández Villegas, «Zeda», caracteriza a Picón, en 1892, como uno de los pocos que no se han dejado contaminar por la epidemia de pesimismo reinante en la literatura de la época³⁴. A pesar de criticarle su espíritu «materialista y antirreligioso», alaba su «manera sintética de ver la realidad» con estas palabras:

«No contempla la realidad de un modo exclusivo; no fija solamente su vista en lo malo y en lo feo, como es uso y costumbre en los escritores modernos, sino que abarca lo que hay de hermoso y de deforme en la vida, y sabe presentar en el íntimo maridaje con que en el mundo aparecen, la virtud y el pecado, la desesperación y la esperanza, los dos principios fundamentales que al decir de los filósofos están siempre en íntima y continua lucha».

Y luego, al tratar de los asuntos, añadirá:

«[...] nada de intrigas complicadas, nada de crímenes espantosos, ni de tremendas catástrofes, ni de pasiones epilépticas: unos amores vulgares, una historia de las que a todas horas oímos, le basta al Sr. Picón para cautivar al lector [...] merced principalmente a su arte para narrar, a la pureza y distinción de su estilo, y a la corrección y limpieza de su lenguaje».

Luis Morote, en su crítica a *Cuentos de mi tiempo* (1895)³⁵, dice de Picón que es tenido por «una de las mayores personalidades vivas de mayores méritos, de más positiva calidad». Morote, liberal de ideas muy afines a las de Picón, centra su crítica en la defensa de la función social del arte de la época, y anticipándose a los posibles ataques *neos* reivindica la religiosidad del autor. Escribe: «El arte en nuestro tiempo es una función social y una función moralizadora, que de todos los medios necesita valerse la Naturaleza humana para mejor reformarse y purificarse». Agrega que Picón resulta «por todo lo que escribe y por todo lo que siente, un espíritu más hondo y verdaderamente cristiano». «Lo que hay es que Picón —continúa Morote— figura en el muy corto, cortísimo número de los novelistas y literatos españoles que son de su siglo, y con su siglo aciertan o se equivocan»³⁶.

El poeta Rubén Darío, que como es sabido cultivó con asiduidad el periodismo, también se ocupó de Picón en un artículo escrito a raíz de su elec-

³⁴ F. FERNÁNDEZ VILLEGAS, «Impresiones literarias. Novelitas, por Octavio Picón», *La España Moderna*, IV, n.º XLIV, 1892, págs. 202-204.

³⁵ L. MOROTE, «Cuentos de mi tiempo», *El Liberal*, 16-XII-1895.

³⁶ En esta frase Morote no hace más que glosar al propio Picón, quien escribe en el prólogo de *Cuentos de mi tiempo*: «Mis aciertos y mis errores, hijos son de mi tiempo; ni por éstos mereceré censura, ni por ellos soy digno de alabanza; de que enderecé al bien la voluntad estoy seguro» (*Obras completas*, XII, Madrid, Renacimiento, 1925, pág. 8).

ción como académico³⁷. Rubén presenta a Picón como «un espíritu simpáticamente vivaz, uno de los mejores escritores de su país y un *gentleman* cuya corrección se viste de amabilidad»³⁸. Reproduce, entre reflexiones propias, las palabras de Picón en la entrevista que ambos sostuvieron, incidiendo sobre todo en aspectos relacionados con la entrada en la Academia del escritor madrileño, la decadencia española y el trabajo literario. Termina Darío haciendo una valoración de su obra, poniendo de relieve a *Dulce y sabrosa*: «el máspreciado fruto de su árbol literario [...], manzana de Garcilaso, novela de maestro, figuración llena de vida y hechizo», y hablando de su estilo en estos términos:

«Picón es castizo hasta la médula, pero con una cultura moderna como la suya, junta a los donaires y elegancias de sus viejos autores la manera de describir, por ejemplo, y de sentir ciertas cosas, que poseen los maestros contemporáneos de las literaturas extranjeras. Lo que constituye una característica suya, su especialidad, es el modo como penetra el arte y como agrega con elementos plásticos, a la arquitectura de su obra, singulares bizarrías y gracias. Tanto más que, por haber leído seguramente mucho a los místicos españoles, hay en el alma de su discurso, casi a cada paso, un ímpetu espiritual, un deseo de vuelo, un querer y un aspirar a la altura, que en pocos escritores contemporáneos se pueden hallar en España. No es un incrédulo este liberal. ¡Cree, al contrario!, en la eterna Divinidad, esto es, en la eterna justicia, la eterna bondad y en la eterna belleza. Por eso se deleita en la construcción de sus ensueños de regeneración social, quiere a los infelices de abajo, y canta los besos y celebra las "batallas de amor en campo de pluma" con las mujeres hermosas»³⁹.

Los novelistas de la generación posterior valoraron en líneas generales muy negativamente a Picón. Quizá con la excepción de «Azorín», que llamó al madrileño «nuestro Bourget»⁴⁰, aunque en cuanto a su labor de crítico le acusaba (a él y a toda la crítica española) de falta de penetración y exceso de retórica⁴¹.

³⁷ Escrito probablemente para *La Nación*, de Buenos Aires, y recogido luego en *España contemporánea*, París, Garnier, 1901, págs. 347-355.

³⁸ *Op. cit.*, pág. 347.

³⁹ *Ibid.*, págs. 354-355.

⁴⁰ J. MARTÍNEZ RUIZ, *Soledades*, Madrid, Fernando Fe, 1898, pág. 103. El apelativo es una simple alusión al referirse al ya citado libro *Literatura extranjera*, de GÓMEZ CARRILLO, que tenía prólogo de nuestro autor. Con él, «Azorín» no pretende probablemente valorar a Picón, sino únicamente constatar una semejanza, pero el hecho es que resulta, a mi modo de ver, positivo.

⁴¹ Vid. S. BESER, *Leopoldo Alas, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968, pág. 64. Escribe aquí Beser que «Azorín», en su folleto *La crítica literaria en España*, discurso leído en el Ateneo de Valencia en 1893, afirmaba «que el defecto común a la crítica española —falta de penetración y exceso de retórica— era característico de Pardo Bazán y Picón y se atenúa en "Clarín" y Altamira».

Unamuno encontraba en Picón, como es lógico, falta de calor y sobra de comedimiento. En 1896 escribía a Pedro de Múgica:

«Palacio Valdés nunca logrará éxito aquí en España, pues aparte de que aborrece el reclamo y la *pose* y no cultiva a los chicos de la prensa, es muy mate, tiene poco calor y poco color, se anega en medias tintas y matices, es lánguido y frío y de poco vigor de pensamiento. Es hermano en espíritu de Jacinto Octavio Picón, que tampoco me gusta. Aquí hace falta más nervio, más arranque y menos exquisitismo»⁴².

Años después escribía al mismo corresponsal:

«De Picón no puedo recomendarle nada, porque *nada de él* puedo resistir. De la Pardo, el San Francisco o "Los Pazos de Ulloa". Mejor aún, cuentos»⁴³.

Baroja dedica a Picón unas líneas en sus *Memorias*, que tampoco le son favorables. Escribe don Pío:

«Jacinto Octavio Picón, a quien creo que fui a visitar con "Azorín", era un hombre que administraba su talento literario, que no era excesivo. Me pareció que tenía una idea muy elevada del papel del escritor y una gran consideración entre los periodistas. Vivía en un piso muy alto, muy cómodo y muy bonito, en una de las calles laterales que limitan el Congreso de los Diputados.

Parecía un hombre hecho de alambre, con unas piernecitas delgadas, unos pantalones estrechos y unos bigotes largos y negros»⁴⁴.

La valoración de Picón entre los jóvenes modernistas es muy baja. Ninguno de los *viejos* se libra de sus ataques (ni siquiera el maestro Galdós), y Picón pasa a ser uno de los blancos preferidos. Por entonces, no sólo se encarecen las «virtudes somníferas» de sus novelas⁴⁵, sino que se le insulta con la mayor desfachatez. Como escribe M. de Almagro:

«Ahora se habla a troche y moche de modernismo. Yo no sé a punto fijo en qué consiste. Para unos es decir pestes de los viejos autores consagrados, especialmente de Echegaray y Jacinto Octavio Picón. En una polémica de Prensa, el simpático Manolito Bueno ha escrito: "Jacinto Octavio Picón es tonto, y esto, que se sabe en Madrid, sería conveniente que se supiera en provincias"»⁴⁶.

⁴² *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, ed. de S. Fernández Larrain, Madrid, Rodas, 1972, 2.ª ed., pág. 221. La carta está fechada en Salamanca, a 3 de mayo de 1896.

⁴³ *Ibid.*, pág. 298. Fechada en Salamanca, a 29 de mayo de 1904.

⁴⁴ P. BAROJA, *Memorias*, Madrid, Minotauro, 1955, pág. 527.

⁴⁵ Vid. A. INSÚA, *Memorias*, II, Madrid, Tesoro, 1953, pág. 425.

⁴⁶ M. DE ALMAGRO, *Biografía del 1900*, Madrid, Revista de Occidente, 1943, pág. 91.

Los críticos, sin embargo, se mostraron bastante más ecuanímenes. Eduardo Gómez de Baquero, «Andrenio», al hablar en 1910 de *Juanita Tenorio*, clasifica a Picón como «uno de los novelistas de más pura y limpia dicción»⁴⁷. En la crítica de *Sacramento* (1914), se refiere «Andrenio» a la época pasada en que Picón era tenido «por un escritor de ideas terribles, cuyas novelas eran demoledoras»⁴⁸, para pasar luego a alabar su equilibrio de facultades y su moderación y disciplina en el empleo de los recursos. En su libro sobre la novela española del siglo XIX, Baquero clasifica a Picón entre los novelistas menores, junto con Alarcón, «Clarín» y Coloma⁴⁹; dice de él, después de enfrentar su progresismo ético a su conservadurismo estético, que «hay en sus obras, escritas con mucha galanura y cuidado, una mezcla de costumbrismo y sensualidad».

Díez Canedo escribe un artículo sobre don Jacinto a raíz de la muerte de éste, dando una visión de conjunto de su personalidad humana y literaria. Destaca muy acertadamente las figuras femeninas de su obra, por encima de las de Galdós, Pardo Bazán y Palacio Valdés. Alude también al desdén con que sus libros fueron tratados por «las más recientes falanges literarias», y a los ataques de los reaccionarios, que veían en él un antagonista de los valores establecidos⁵⁰.

Andrés González Blanco es un caso curioso de cambio de opinión con respecto al madrileño. Mientras en su artículo «Un novelista de la generación gloriosa: Jacinto Octavio Picón»⁵¹ califica de obra-maestra a *Dulce y sabrosa*, añadiendo que con esta novela «queda consagrado como uno de nuestros mejores novelistas», y le llama «maestro del género», al tratar de sus cuentos en su *Historia de la novela*, publicada catorce años antes (1909) y quizá influido por la presión del ambiente, escribía párrafos como éste:

«Para el que tenga un espíritu tan amplio que considere muy aceptable y legítimo el título de *profesión* u *oficio* dado a la ocupación de hacer novelas; para el que tenga la *manga tan ancha*, en cuanto crítico literario, que transija con todo esto; para ése, indudablemente, tienen pasaporte y derecho de ciudadanía en la urbe del Arte, no sólo los escritores geniales, sino los simplemente buenos, y aun los medianos. Es más: ¡quién sabe si, alambicando mucho, se podría decir de los individuos lo que se ha dicho de las naciones: que cuanto más pequeñas son más

⁴⁷ E. GÓMEZ DE BAQUERO, «Revista literaria», *El Imparcial*, 12-XII-1910.

⁴⁸ E. GÓMEZ DE BAQUERO, «Revista literaria», *El Imparcial*, 10-VIII-1914.

⁴⁹ *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Mundo Latino, 1924, págs. 91-92.

⁵⁰ E. DíEZ CANEDO, «La vida literaria: Jacinto Octavio Picón», *España*, n.º 399, 8-XII-1923, págs. 3-4.

⁵¹ *Nuestro Tiempo*, XXIII, 1923, págs. 249-262.

felices! Un crítico sofista podría apelar a estos ingeniosos recursos, aplicándolos a los *individuos literarios*, para defender escritores de la talla de Jacinto Octavio Picón»⁵².

De esta época es el único estudio monográfico sobre la obra de nuestro autor, debido al hispanista francés H. Peseux-Richard⁵³. Se trata de un extenso artículo en el que Peseux pasa revista a la obra de Picón publicada hasta entonces (que es casi toda, porque después de esta fecha el único libro de Picón que vio la luz fue *Desencanto*, en 1925, algunos de cuyos cuentos ya habían sido previamente publicados). La crítica del francés es aguda e imparcial, aunque su concepto de la función de la literatura está bastante lejos del que tiene el cuentista madrileño. Es por esto que Peseux le critica el carácter pedagógico o moralizador de sus obras:

«[...] si vous collectionnez, de propos délibéré, et dans un but apparent, les sujets édifiants ou satiriques, vous verrez, sans doute, l'étiage de vos vertus moralisatrices ou socialisantes monter très haut, mais celui de votre art descendre très bas. C'est un peu, nous le craignons, le cas de notre auteur [...]»⁵⁴.

Señala también Peseux la cruzada de Picón contra la hipocresía, la mentira y la intolerancia, lo que explica los odios que suscitó entre los elementos más intransigentes de la Iglesia. Igualmente destaca su conocimiento de la literatura clásica española y de la literatura religiosa, además de su limpieza en el uso de la lengua y el respeto que tiene hacia ella. Concluye que el arte de Picón es de una sinceridad demasiado ingenua. Su juicio de valor, así lo explicita, es más favorable para el Picón hombre que para el Picón artista.

Parecer totalmente contrario es el del padre Blanco García⁵⁵, quien lo reconoce como excelente novelista, pero al dirigirse su crítica hacia aspectos morales y religiosos, nuestro autor sale bastante malparado (aunque no tanto como «Clarín», dicho sea de paso)⁵⁶. No quiero dejar de citar algunos párrafos:

⁵² A. GONZÁLEZ BLANCO, *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1909, págs. 693-700. La cita es de págs. 696-697.

⁵³ H. PESEUX-RICHARD, «Un romancier espagnol: Jacinto Octavio Picón», *Revue Hispanique*, XXX, 1914, págs. 515-585.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 538.

⁵⁵ F. BLANCO GARCÍA, *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1891-94, 3 vols. Trata de Picón en el vol. II, págs. 552-553.

⁵⁶ Por cierto que, comparándolo con «Clarín», el famoso crítico ultraconservador Antonio de Valbuena llamará a Picón, en la misma línea de Blanco García, «sectario [...] apasionado y furioso [...], que arremete a ojos cerrados contra todo lo que huele a catolicismo» (*Agridulces, políticos y literarios*, 2.ª toma [sic], Madrid, La España Editorial, 1893, pág. 112).

«Si el naturalismo zolesco encierra superabundantísima cantidad de aberraciones inmorales y antiestéticas, ¿qué será cuando asume la representación del magisterio y empuña la piqueta demoledora, y desde la tribuna del libro arenga a las muchedumbres indoctas y fáciles de seducir? Con tal aspecto se produce en las novelas de un prosista castizo, jugoso y acrisolado si los hay [...], pródigo malversador de un ingenio al que podría y debería dar más alto destino.

[...] Sus mercancías, ya lo conoce él, son de las que en ningún caso toleran los reglamentos prohibitivos de la religión y del hogar cristiano; pero cabalmente el combatir a la una y al otro entra en sus cálculos como fin primordial o recurso estratégico, y así lo advierte en los títulos y preliminares de sus novelas para que no se llame a engaño quien tenga ojos y oídos. Aparte las cualidades de narrador, tiene la de una sinceridad a toda prueba, y un horror señalado a los doctrinarismos, suavidades y medias tintas de los que no se atreven a elegir de una vez entre Cristo y Barrabás.

Cada novela de Picón es como estrofa suelta de un himno y de una sátira: himno al amor sexual, libre, instintivo y desligado de las trabas que lo coartan y las instituciones que lo rigen y dignifican; sátira contra estas mismas instituciones, contra su carácter religioso y sobrenatural, y su tendencia represiva y de sacrificio.

[...] Pero si entristece el hecho aislado de que un novelista de fuste se extravíe por tan tortuosa senda, el ser éste un signo de los tiempos que alcanzamos y el escepticismo dominante, rompe el corazón de pesar y ciega de lágrimas la vista».

En las otras dos principales historias de la literatura publicadas en vida de Picón, los juicios son variados. Fitzmaurice-Kelly le dedica en su manual un par de líneas en las que habla de su «refinado talento y soltura de estilo»³⁶. Cejador³⁷ le reprocha, como había hecho Unamuno, su falta de empuje, a la vez que destaca con acierto, en cuanto a calidad, sus cuentos por encima de sus novelas. A pesar de considerarle novelista de segundo orden, lo estudia entre los más destacados del período 1870-1887, junto a Palacio Valdés, Matheu, Pardo Bazán, «Clarín», Coloma y Blasco Ibáñez. Escribe Cejador:

«[...] a pesar del buen gusto y del realismo castellano, que hace muy amenas y entretenidas sus novelas, su temperamento comedido, académico y meticoloso en literatura, le ha refrenado y recortado las alas, faltándole empuje en fondo y forma. No cava bastante en las almas, contentándose con narrar como buen cuentista, que lo es más fino que novelador, la superficie de los acontecimientos [...]»³⁸.

³⁶ J. FITZMAURICE-KELLY, *Historia de la literatura española desde los orígenes hasta el año 1900*, Madrid, La España Moderna, s. a. [¿1901?], pág. 537.

³⁷ J. CEJADOR, *Historia de la Lengua y Literatura castellana. Segundo período de la época realista (1870-1887)*, IX, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1918, págs. 240-246.

³⁸ *Ibid.*, pág. 240.

A partir de aquí, la obra de Picón ha ido quedando en el olvido más absoluto. Cuando murió, en 1923, periódicos y revistas rememoraron sus éxitos literarios, pero ya entonces, en parte por el desdén de los nuevos movimientos y en parte también por su alejamiento voluntario de la literatura tras la muerte de su hijo Jacinto Felipe (1917), era Picón un autor del pasado. Después de su muerte, poco más que algunas líneas en este o aquel manual⁵⁹, o referencias en algún volumen sobre novela decimonónica⁶⁰. Si bien es cierto que la producción piconiana es claramente inferior en calidad a la de Galdós o Alas, puede parangonarse con la del resto de sus compañeros de generación. Incluso, por sus cuentos, en los que es maestro indiscutible al lado de «Clarín» y Pardo Bazán⁶¹, el autor madrileño merece ocupar un lugar principal en la narrativa española del siglo XIX⁶².

⁵⁹ Con la excepción ya citada de la reedición de *Dulce y sabrosa*, al cuidado de G. So-bejano, y de dos artículos de N. Clemessy.

⁶⁰ No quiero dejar de advertir que, lamentablemente, más de una vez estas referencias contienen errores de bulto.

⁶¹ Vid. M. BAQUERO GOYANES, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, C.S.I.C., 1949, y E. GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, *Los cuentos de Jacinto Octavio Picón*, Memoria de licenciatura, inédita, Universidad Complutense, Madrid, 1977.

⁶² En prensa este artículo, han aparecido dos inestimables aportaciones de última hora. Se trata, por un lado, de una excelente bibliografía ordenada por N. M. Valis («Una primera bibliografía de y sobre Jacinto Octavio Picón», *Cuadernos Bibliográficos*, 40, 1980, páginas 171-209). Y por otro, de la edición de las cartas citadas en n. 27 hecha por A. Amorós («Doce cartas inéditas de *Clarín* a Jacinto Octavio Picón», *Los Cuadernos del Norte*, II, n.º 7, 1981, págs. 8-20), que iluminan decisivamente algunos aspectos de la relación entre ambos escritores. Ante la imposibilidad de comentarlas ni siquiera brevemente, remito directamente a ellas al lector, advirtiéndole de paso que no modifican sustancialmente lo expuesto por mí en páginas anteriores.